

A NUESTROS LECTORES

Ve la luz pública este Quincenal sin miras políticas de ninguna especie, sin fines de oposición ni tendencias sindicalistas que son incompatibles con nuestra posición de colaboradores del Ejecutivo; es una manifestación necesaria, consecuencia de los ataques constantes que, fuera de las esferas oficiales, se hacen a los empleados, por personas a quienes desconocemos y que por lo general se ocultan bajo el prestigio de algún gran diario o tras de algún pseudónimo; ataques que no nos parecen justificados en manera alguna y sí, sin lugar a duda, un mal uso en manos de quienes la emplean, de la libertad que tenemos todos de emitir nuestras ideas por medio de la prensa.

Tanto se nos ha dicho en diversos artículos, que por fin nos hemos decidido a hablar y henos aquí, dispuestos a usar, para contrarrestar en cierto modo esa labor que se viene haciendo en nuestro daño, del mismo medio que con nosotros se ha empleado. Mas para ello nos encontramos sin la preparación correspondiente y faltos de tora habilidad; pero con la fé que nos inspira la justicia de nuestro anhelo y la confianza que abrigamos de la energía latente en cada uno de nosotros. La tarea que emprendemos en árdua, difícilísima, como pocas laboriosa, sobre todo cuando no se dispone de tiempo al efecto y la pluma es algo **extra** en nuestras diarias ocupaciones, sin estar acostumbrados a escribir para el público, ni dispuestos a acercarnos a una fuente famosa ya, para que acoja nuestro murmullo, sino que llegamos abiertamente a la realidad, y de ahí que al dirigirnos a nuestros lectores apelamos a la bondad que en ellos suponemos para justificar nuestros errores, que trataremos de enmendar hasta donde nos sea posible.

No sin pena hemos tenido más de una vez que levantar los hombros para encubrir el disgusto que nos causa ver los frecuentes e injustificados ataques que de todas partes se nos dirigen con tanto mayor encono, cuanto menos nobles seguramente, son los móviles que impulsan a todos los que han hallado en **los empleados y la clase media**, asuntos en que vaciar sus incongruentes ideas. En varias publicaciones periódicas se habla de nosotros con acritud y de tiempo en tiempo, sin causa aparente, se acrecienta esa tendencia que nos deprime no circunscribiéndose los motivos que mueven la mano de nuestros impugnadores. Hasta el más sensato de los periódicos, "**El Maestro**", que por su elevada misión pudiera haberse abstraído a este innoble empeño, incurrió en idéntica falta, dedicando una de sus páginas del número V y VI, Tomo I, a humillar, pues no puede decirse de otra manera, a la clase media y a los empleados, a quienes aplicó términos que desdicen de la índole elevadísima de "**El Maestro**." Cuando esto ha ocurrido y con mano nada caritativa se ha herido a una clase que por su significación social y nivel intelectual, o cuando menos por numerosa, debiera ser respetada, se está provocando precisamente una reacción en ese todo, que si para algunos es cóctico por-

que desconocen sus leyes, no deja, claro está, de obedecer a causas cuyos orígenes se deben buscar sin duda allí donde nació el motivo que elevó a esos personajes que nos atacan. Tratando de explicarnos el por qué de esta pugna se nos ocurre pensar que, no decidiéndose los quejumbrosos escritores que ven en los empleados un serio amago para la Patria, (como si de nuevo acá hubiese empleados), a atacar de frente al Gobierno, lo hacen valiéndose del medio que anotamos, fundando el desequilibrio económico de la Nación en que tiene que pagar a sus servidores en crecido número, sin recordar que no sólo se engrandece a la Patria pregonando la economía en sus gastos, sino también acatando sus leyes, pagando los justos impuestos u orientando, sin lastimarla, a esa clase media que amaga, según el decir de esos patriotas, con la ruina del Estado.

Ahora bien, puesto que se nos ha hablado más o menos directamente, se nos ha calificado con dureza y se ha lamentado que no correspondamos a la importancia histórica del momento; por medio de las columnas de este humilísimo órgano venimos a recibir el impulso que gusten darnos los elementos aventajados de nuestras clases directoras que quieren que no seamos apáticos sino que, acelerando nuestro paso, nos coloquemos donde nos corresponde: tal es en verdad el objeto que perseguimos.

No seríamos verídicos si negáramos que los empleados y más ampliamente, la clase media, tiene grandes defectos, ¡quién pudiera negarlo! pero los que la suponen inactiva desbarran como lo harían quienes se burlaran del agua por no ser ni vapor ni hielo, olvidando que sin aquella éstos no podrían existir: la clase media es el puente tendido entre la capitalista y la clase obrera; acoge al rico arruinado de la misma manera que modela y enaltece al desheredado digno. Dígase lo que se quiera de ella han salido siempre, en todas las países y en todas las épocas elementos de gran valer, sabios, inventores, filósofos, héroes, cuyos nombres brillan con luz propia en el campo de la gloria, como los de Arquímedes, Colón, Galileo, Lavoisier, Stephenson, Jorge Washington, Hidalgo, Bolívar, Morelos, doña Josefa Ortiz de Domínguez, Guerrero, nuestros constituyentes de 57, Degollado y los constituyentes de 1917.

Nuestro deseo es orientar, hasta donde nos lo permitan nuestras luces, a nuestros compañeros los empleados, tanto del Gobierno como particulares, haciendo si fuere posible, que confraternicemos y nos unamos, no como lo están haciendo las clases obreras, pues es contradictoria que el Estado oponga resistencia al Estado, no en este o aquel local, sino, conservando la libertad individual, por el lazo que siempre ha existido y del que poco o nada nos servimos, el lazo moral y de simpatía, que se manifiesta instintivamente cuantas veces se ataca a la clase, dándonos lo conciencia de que formamos un gran todo.

Lo anterior no justificaría bastante la aparición de este órgano, si nosotros mismos no sintiéramos, cada